

“Koenigsmark”, con una nueva Elissa Landi, entre uniformes y pompa palaciega

A las muchas primicias exclusivas de Montevideo en esta temporada que ha de constituir un poco la envidia de los aficionados porteños, agrégase ahora esta nueva versión de la novela de Pierre Benoit, debida a la dirección de Maurice y acabadita de estrenar en París.

No es la primera vez que “Koenigsmark” llega a la pantalla. Ya lo hizo en época más propicia, bajo las órdenes de Leonce Perret y en tiempos en que Huguette Dufflos no había antepuesto, a raíz de un divorcio sonado, un “ex” a su popular apellido de vedette ya en la veteranía: ese “ex” que fue todo un símbolo. Ex - Dufflos y ex-Huguette. En época más propicia dije y ello se explica por el auge de los folletines en aquel 1922 de éxitos consagratorios para “El prisionero de Zenda” y “Ruperto de Hentzau”. Poco puede intrigar ahora al espectador – mucho menos crédulo que entonces – el matrimonio por razones de Estado, la ambición desatada del segundogénito que trata por todos los medios de enviar a su hermano al otro barrio (ya que había dejado de usarse entonces el ceder la primogenitura por un plato de lentejas), la presencia de espías convertidas en amigas de confianza, la ocultación de cadáveres en pasadizos secretos, el romance de la princesa con el preceptor plebeyo y todos los mil y un elementos de estos cuasi novelones, que Pierre Benoit, por lo que particularmente le concierne, ha redimido creando en sus obras de este tipo (“Atlantide”, también) una atmósfera de misterio y sugestión envolventes, una fina exégesis de lo inverosímil, un aliento dolorido y humano para los muñecos sometidos a tanta falsa aventura.

Europa tira también la casa por la ventana

Estas calidades puramente literaria de los libros del escritor francés han de desleírse por fuerza en la traslación a la pantalla, siempre que no se le busquen equivalentes cinematográficos en la forma tan Pabst en que lo hizo el Pabst de “La Atlántida”. “Koenigsmark”, film parlante, ahora, conserva mundos de sentidos todos los episodios de la novela con ceñidura tal al orden establecido en las páginas de Benoit, que luego de la explosión de laboratorio y la muerte de la intrigante Melusina – ¡vaya nombrecito! – ya deja de interesar la solución del romance entre la princesa Aurora y el preceptor Vignerte, tanto se ha alargado la película, tanto efecto folletinesco ha pasado por la pantalla y tanto uniforme y capa carmesí se han movido componiendo marcos para el romance...

Pero probablemente Maurice Tourner, que un día fue incluido entre los cuatro o cinco grandes directores del cine y que hace años vegetaba en la decadencia y en la inacción, no se propuso probar con su “Koenigsmark” cómo se podía hacer obra de arte con un folletín, sino como en Europa se sabía también tirar la casa por la ventana: multiplicar los salones, las cabalgatas principescas, los uniformes, las colecciones de armaduras y ofrecer un suntuoso y brillante

espectáculo del cual tendrían mucho que envidiar sus colegas de Hollywood. Y de qué manera se puede, en los momentos más novelescos, proceder a una "trouvaille" fotográfica como esa de las ventanas de la sala de baile contempladas a la distancia desde otra ala del palacio y en ellas, agitándose sobre los cortinados, con informe vaguedad larvas de sombras (las parejas danzantes). Y cómo se puede conducir una cámara con soltura sin obligarla a ángulos forzados y exigiéndole en cambio la mayor variedad en las imágenes. Y cómo llega a comprenderse el término "majestosa arrogancia" cuando Elissa Landi hace su entrada en la sala de baile. Pero esto ya es harina de otro costal.

La nueva Elissa Landi

Elissa Landi, supuesta nieta de un archiduque austriaco, supuesta novelista, supuesta gran estrella de Hollywood, pasa a ser en un "set" francés Elizabeth Zanardi Landi, latina hasta la médula; gran dama de sangre azul marino, por lo menos. Y estrella del cine. Que es lo más importante en este caso, no tan curioso como para que se renuncie a buscarle una explicación.

En "studios" de "Universal" y de "Paramount" hizo Elissa Landi aquella mucama de "A la luz del 'candelabro'" que jugaba el rol de aristócrata dejando traslucir en algunos momentos su verdadera condición social (o mejor dicho, su verdadera incondición), y aquella heroína de "El signo de la cruz", tocada de piedad evangélica. Dos tipos más o menos finamente vistos entre una colección de interpretaciones opacas y deslucidas. Nada de lo demás, ni siquiera sus peinados, ni su máscara (una especie de rostro de perro perdiguero de la misma raza que Charlie Ruggles) hizo suponer todo este esplendor de una Elissa Landi colocada en el adecuado ambiente europeo. El francés, que dice con entera corrección, es idioma pastoso en que expresar su espíritu de latina, y al hablarlo se anima aquella fría estatua de California, tiene calidez, coqueterías imprevistas, belleza de estampa y resplandor en los rasgos fisonómicos. Era el lenguaje de otra raza el que la maniataba, actriz sin el genio de un Moissi, que encontró una perfecta medida de sus tipos en el idioma alemán, totalmente distinto del suyo propio.

Junto a este despertar solo alcanza a sorprender, de la interpretación de conjunto, la línea, la serena elegancia dramática con que mantiene su tono de príncipe malaventurado Jean Yonnel y la adecuación a un idioma extraño de John Lodge, villano impecable de apostura militar y de sarcástica maldad. Sorprende también - ya en otra forma - la elección para un papel romántico de Pierre Fresnay, un comediante de los más inteligentes con que cuenta el teatro francés moderno, pero un galán al que en el cine hacen falta ochenta centímetros más de estatura como para no hacer el ridículo que hace, objeto de mil chirigotas por parte de sus espectadores. Y gusta Marcello Roges por su refinamiento y su plasticidad, que completan los de los escenarios, los de la disposición de las luces y los del conjunto de "Koenigsmark", excepto cierta complacencia necrófora con que se detiene el director, al finalizar la película, en diversas notas fúnebres.

R.A.D.